

CAPITULO IV

Lo cierto y lo incierto.

I

¿POR QUÉ MOTIVO ENCARNÓ DIOS EN LA TIERRA, PREFIRIÉNDOLA A OTROS PLANETAS MÁS AFORTUNADOS?

Es evidente, y el lector está persuadido de que no hay conflicto entre la Astronomía y la Fe.

Sin embargo, queda una nube en la inteligencia, y se posa en nuestros labios una pregunta, á saber:

—Si muchos planetas son habitables, no cabe duda de que debe haber en la superficie de multitud de ellos razas inteligentes más perfectas que la nuestra. Parece, pues, que si Dios decretó Encarnarse, debiera haber descendido á los mundos más perfectos, mejor que Encarnar en la Tierra.

En efecto: ¿Quién sabe si no somos el grado más bajo en la escala de los seres racionales? ¿Quién sabe si no somos el límite más inferior del mundo de los espíritus?

¿Es concebible que al descender Dios á unirse con nuestra Naturaleza se rebajara tan infinitamente, que casi se redujese á la nada?

—Cristo, es cierto, casi se redujo á la nada en algún modo; hace diecinueve siglos que San Pablo lo dijo con palabras dictadas por el mismo Dios: «Semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus».

También es indiscutible que al Encarnar Dios se rebajaba infinitamente.

¿No llevan todas las obras y todas las acciones de Dios la marca del Infinito? ¿No es esa marca cual la firma del Divino artista, ó la señal característica de su operación?

Consintiendo Dios en rebajarse, puede hacerlo infinitamente. ¿Puede, pues, sorprendernos que Encarnara entre los seres racionales más ínfimos del Universo?

Aunque Cristo se hubiese rebajado hasta los seres más perfectos, habitantes de los planetas más afortunados y felices, ó hasta á los arcángeles ó querubines, ó serafines, no sería menos infinito su rebajamiento.

Siempre es inconmensurable la distancia entre Dios y la criatura más perfecta ó eminente.

Por lo tanto, ó negamos simplemente la posibilidad de la Encarnación, ó debemos concluir afirmando que no plantea dificultades el que, si Dios lo quiso así, Encarnara en la pequeña Tierra y se uniese á nuestra humanidad cautiva.

¿Quién, empero, está en condiciones de demostrar que la Encarnación en sí es imposible? El progreso de las Ciencias, hasta el de las profanas, nos enseña á ponernos en guardia contra las negaciones prematuras y gratuitas. ¡Tantas veces se ve la realización de cosas que en los primeros momentos nos parecieron imposibles!

¿Seremos capaces de poner trabas al poder de Dios, cuando aún ignoramos hasta dónde se extienden las fuerzas de un grano de arena, de una molécula, ó de un átomo?

¡Sería notoria inconsecuencia!

La razón abandonada á sí misma es incapaz de demostrar tanto la posibilidad de la Encarnación como la imposibilidad de ella. Para demostrar cualquiera de las dos tesis debería ser antes capaz de conocer, no

sólo la naturaleza del hombre, sino también la naturaleza de Dios.

Nos será también preciso determinar categóricamente si entre lo infinito y lo finito media un inmenso abismo, ó sólo una oposición radical. En el primer caso, es evidente que Dios puede franquear las distancias más infinitas. Y si se tratara de la oposición radical entre lo finito y lo infinito; si se tratara de una oposición como la que existe entre un círculo y un cuadrado, Dios, á pesar de ser Todopoderoso, no podría unir en la unidad de persona dos términos que se excluyeran mutuamente.

Pero... en tan elevadas cuestiones, la razón humana, con todas sus luces, no sabría demostrar plenamente la falsedad de una de las dos proposiciones. Y convencida de su impotencia permanece en expectativa y libre para examinar el hecho que se le presente á meditación.

En este punto, cual en otros muchos, el papel de la razón se reduce á testificar sin explicar... De modo que cuando el hecho se halla probado concluirá siempre la razón afirmando que es posible, porque «ab actu ad posse valet consecutio». Y en este caso, la razón deducirá la posibilidad de la Encarnación de la existencia del hecho demostrado y aunque no pueda deducirla de argumentos propios.

II

¿ES EL DE LA ENCARNACIÓN UN HECHO HISTÓRICO REALMENTE DEMOSTRADO?

Tratamos, pues de una cuestión de hecho. ¿Es el de la Encarnación de Dios en la Tierra un hecho cierto, ó es el tema de una leyenda forjada por la credulidad de nuestros padres?

¿Resistirá esa tesis el sano y severo examen de la crítica? ¿Puede ser demostrada igual que se demuestra un fenómeno científico ó un acontecimiento histórico?

Sin vacilar respondemos que sí á tales preguntas.

¿Por qué no lo hemos de demostrar?

¿Por qué las pruebas que en la Historia profana tienen fuerza para convencer las inteligencias sinceras no han de tener el mismo valor cuando se trata de la Historia religiosa?

¿Acaso Dios, en fin, no puede hablar al hombre si así quiere? ¿Quién le impide mostrar de modo indiscutible por signos divinos que ha hablado realmente?

Y si Dios se digna hablarnos ¿no será preciso escucharle y creerle?

¿Podrá engañarse El, cuya inteligencia infinita se manifiesta á cada instante en las innumerables maravillas del Universo?

No siendo capaz de errar, ¿habrá engañado voluntariamente á los seres á quienes se dirige?

Pretenderlo así sería absurdo además de blasfemia, porque siendo Dios infinito en sus perfecciones, no puede engañarse ni mentir.

La mentira es error que radica en la voluntad: y ni la Voluntad divina, ni la Inteligencia infinita se hallan sometidas al error.

¿Cómo, pues, negar — á menos de cerrar los ojos á la luz — que la Revelación ha existido?

Dios no ignoraba que al decretar la Revelación hombres pervertidos y humillados por ella pondrían en práctica todos sus esfuerzos para demostrar que la Revelación es un mito.

Y por ello la rodeó de pruebas irrecusables, cada una de las que por sí sola es bastante para convencerlos. Pero Dios, repetimos, multiplicó las pruebas y las reunió en fascículos para que todos cuantos de-

searan buscarlas pudiesen hallarlas sin gran trabajo.

Estas pruebas están al alcance de la razón; y es que la Fe («rationabile obsequium vestrum», cual dice San Pablo) es eminentemente razonable, siquiera sea sobrenatural y nos haga bajar la frente ante los misterios impenetrables.

—Pero ¿cuáles son las pruebas?—se nos preguntará.

—¿Cuáles son?... ¡Son los innumerables milagros ocurridos en todas las épocas de la Historia y aun en nuestros días; son las profecías, escritas ciertamente muchos siglos antes de ocurrir los acontecimientos que anuncian, antes de ocurrir ó realizarse de modo tan maravilloso, que ni cabe ponerlas en duda ni presumir que sean pronóstico humano. Son los testimonios de millones de mártires habidos en todo tiempo, sexo, edad y condición. «Yo creo fácilmente—decía una ilustre inteligencia—yo creo el testimonio de los que se hacen matar para demostrar la verdad de lo que dicen». Son los apóstoles alcanzando triunfos que salen de la posibilidad humana. Es el establecimiento de la Religión y su rápida difusión por el mundo entero.

Con los dogmas que humillan la inteligencia y la moral que crucifica la carne, ¿hubiera la Religión llegado á difundirse por todas partes y á reinar como soberana en los espíritus y en los corazones si no manifestase claramente su origen divino con pruebas irrefutables?

Es también la perpetuidad de la Iglesia, privada de socorros humanos y rodeada de enemigos que sin descanso procuran darle muerte.

La Iglesia existe hace diecinueve siglos, rechazando los continuados ataques que se la dirigen, y rechazándolos sin armas materiales, sin un sólo soldado que defiende de modo material la Religión.

Mientras tanto, sobrevienen las revoluciones y derriban dinastías. Uno tras de otro, los más poderosos imperios fundados en la fuerza son derrocados y destruidos.

¡Edificios de un día! Edificios que se disgregan y caen reducidos á polvo antes ó al mismo tiempo que la muerte paraliza los brazos, ó hace presa de quienes los construyeron ó fundaron.

Y la Iglesia, permanece siempre; siempre joven, fuerte, activa; siempre obteniendo conquistas nuevas en nuevos combates.

La Iglesia mantiene toda su virilidad tras los mil novecientos años que camina recorriendo el mundo, á pesar de los que acumulan obstáculos para impedirle el paso.

Desde hace diecinueve siglos sus enemigos predicán que la Iglesia desaparecerá «pronto». Y los siglos pasan, y la Iglesia perdura, y los hechos demuestran la falsedad de las predicaciones de sus adversarios; y la Iglesia—según la feliz expresión de uno de los más elocuentes oradores de nuestra época—la Iglesia ha cantado siempre el «De profundis» sobre el ataud de quienes la persiguieron.

Y en tanto que en diecinueve siglos se acredita de más en más la falsedad de las predicciones del enemigo, van realizándose las profecías de nuestro Redentor, que al bautizar su Iglesia sobre la roca, anunció que contra la Iglesia no prevalecerían las Puertas del Infierno.

Siempre tenemos derecho á repetir un argumento de San Agustín, irrefutable no obstante su sencillez: Que el mayor prodigio imaginable es que la Iglesia, sin socorros humanos, rodeada de enemigos que le hacen guerra sin cuartel deseando perderla, traicionada más de una vez por sus propios hijos, asaltada otras tantas veces por quienes por su misión, por su

carácter ó su dignidad debieran haberla defendido, haya podido establecerse, y perseverar á través de los siglos no obstante su Dogma y su Moral severos.

Ya es por sí misma esa maravilla signo evidente de que Dios está con nuestra Iglesia; y basta abrir los ojos para convencerse de ello con claridad indiscutible.

Añádase entre las pruebas preferentes é inconcusas la vida, los sufrimientos, la muerte, la resurrección y la obra de Jesús; su inexplicable acción que aún se siente y depasa infinitamente, la grandeza y los frutos de las obras que hayan jamás realizado los conquistadores más célebres y la más sublimes inteligencias humanas.

El Redentor transformó por completo la sociedad sin valerse de medios naturales. Y sobre curar á la humanidad enferma, lavando la mancilla abominable, cubrió de bálsamo las llagas abiertas y mal olientes, sacándola del lecho donde agonizaba y devolviéndola á la vida. Cristo resucitó las sociedades. ¡Qué mayor milagro concebirá nuestra inteligencia!...

No podemos desenvolver en los límites de un folleto, ni enumerar siquiera, todas las innumerables pruebas que demuestran de manera irrefutable la divinidad de la Iglesia y la de Jesús-Cristo su fundador.

En todas las épocas han convencido á incomparables genios. No es, pues, «abdicar» unirnos á ellos é inclinar la inteligencia ante la autoridad de la Fe. No es renunciar á la Razón y al conocimiento de la Ciencia hacer lo que los mejores hacen. Es, sencillamente, realizar un acto científico y razonable; un acto que nos eleva de modo inefable sobre las criaturas animadas; un acto que no repugna á los hombres de espíritu recto y de inteligencia no oscurecida por las sombras de la pasión. El hombre se engrandece al arrodillarse ante Dios.

Y los que, por el contrario, obstinados en cerrar los ojos en presencia de tan abundantes pruebas y ante la evidencia de los hechos que testimonian la intervención directa de Dios en el gobierno del mundo, en la marcha de los pueblos, y, sobre todo, en la institución de una religión positiva, cuyos dogmas han sido formulados por el mismo Dios que trazó su culto y precisó su moral; esos hombres incrédulos son ciegos voluntarios, siquiera se decoren con vestiduras de sabios y formen parte de las academias y posean gigantescas siderales y telescopios perfeccionados.

III

¿PUEDEN LAS CONSIDERACIONES DE ORDEN ASTRONÓMICO QUITAR FUERZA AL HECHO DEMOSTRADO POR LA HISTORIA?

Estén ó no habitados los astros, sabemos, sin errar, que en la Tierra existe la Revelación divina y positiva hecha al género humano.

Sabemos, también sin miedo á equivocarnos, que Dios nos crió á su imagen y semejanza; que nos libró del pecado original, enviándonos á su único Hijo para que nos redimiera.

Sabemos, aun sin temor de equivocarnos, que el divino Mesías fundó en la Tierra una Iglesia, fuera de la que no hay salvación para los hijos de Adán; porque para nosotros la llave del cielo es la Cruz que hace veinte siglos se alzó en el Gólgota.

Sabemos, en fin, sin incurrir en error, que Jesús es la piedra angular de la vida eterna; que todo cuanto no tiene por cimiento esa piedra está condenado á pronta é inevitable destrucción. Sabemos que las puertas del Infierno no prevalecerán ni contra Jesús, ni contra su Cruz, ni contra la Iglesia.

Tal es la palabra de Dios que resonó en nuestras almas. Tal es la verdad grabada en lo más íntimo de nuestros corazones.

Pasará el firmamento estrellado y la Tierra; la Ciencia y la Fe nos lo enseñan así. La Tierra que habitamos será un día presa del fuego; terrible día, en el que quedará reducida á ceniza como cadáver que en la tumba se convierte en polvo. Y el firmamento estrellado que hoy estudian los astrónomos, cambiará también, como la luz del crepúsculo ó como esperanza que se desvanece. Todo cambiará; todo menos la palabra de Dios, que es eterna.

Los siglos sucederán á los siglos; se extinguirán los soles; se transformarán en soles las nebulosas; brillarán éstas durante algún tiempo y se extinguirán después; pero la verdad subsistirá inmutable, invariable, porque todo cambia menos la palabra de Dios, que es eterna.

Y ahora dejemos á la Ciencia perfeccionar sus instrumentos y sus métodos; dejemos que la Astronomía multiplique sus descubrimientos y sus observaciones; animémosla á trabajar, aplaudamos sus éxitos, aprovechémonos de sus trabajos, gocemos de sus conquistas..., todo ello no conmoverá jamás nuestra fe en las verdades sobrenaturales, ni nuestra creencia en la vida futura que Dios nos promete si vivimos fieles á sus doctrinas.

He ahí lo que sabemos sin temor á equivocarnos.

¿Qué significa junto á esas verdades inmovibles la pequeñez de nuestro planeta ó la grandeza de Júpiter? ¿Qué importa á nuestra fe que haya ó no otros mundos habitados?

Las «hipótesis» emitidas á tales propósitos no deben movernos á rechazar el conocimiento cierto de los actos sobrenaturales realizados por Dios en la tierra en favor de la posteridad de Adán.

¿Perderán valor los fundamentos de nuestra fe si se prueba que la tierra es el menor de los planetas, ó más insignificante aún que la Luna, Marte, Mercurio ó los satélites de Saturno, Neptuno y Urano?

De semejantes pruebas sólo podríamos deducir que así Dios eligió para encarnar el menor de los planetas como eligió para nacer el más humilde pueblecillo de Judea. ¡Libre era, ciertamente, de demostrar su grandeza humillándose tanto! Y no vemos la razón que haya para asombrarse ni escandalizarse de que así cual Cristo eligió un establo de Betlem para venir al mundo, y prefiriéndolo á los palacios de Herodes ó de Augusto descendiera á este mundo misero en vez de encarnar en las esferas celestes más grandes y quizás más afortunadas.

¿Acaso Dios obró así movido por impulsos análogos á los que arrastran la humana voluntad ó movido por interés? No, ciertamente; Dios sólo obra por impulsos amorosos y por deseo de regalar sus beneficios.

¿Por ventura hay algo en Urano, en Saturno ó en la Creación entera con sus millones de soles y millares de estrellas, algo que pueda admirar al Creador de cuanto existe? ¿No proceden de El todas las perfecciones? ¿Es la belleza otra cosa que pálida imagen ó débil reflejo de la belleza suma é inefable?

Dios encarnó para mostrarnos su amor inigualable; su inconcebible misericordia.

Y de ningún modo hubiera resaltado más esa misericordia, ese amor y esa bondad que eligiendo el ínfimo de los planetas para teatro de su humillación.

¿Hubiéramos podido comprender su inenarrable humillación, si en vez de encarnar en la Tierra se hubiera unido á la naturaleza angélica, ó si sólo hubiese descendido materialmente á uno de los grandes astros cuyo esplendor y masa nos subyugan?

De otra parte, nótese que la dignidad moral no guarda relación con la grandeza física.

Por la unión hipostática con el Verbo, nuestra humanidad fué elevada sobre los ángeles, siquiera sea por naturaleza inferior á ellos.

Y de igual modo, después que la Tierra fué elegida teatro donde tuvo lugar el inefable misterio de la Encarnación, ocupa sitio preferente en el Universo, siquiera sea un mundo pequeñísimo.

Dios mismo lo ha dicho con palabras inspiradas á uno de sus profetas, y á propósito de uno de los más humildes pueblos de Palestina:

«Y tú, Betlem, Ephrata, tú no eres la menor de las villas de Judea, porque de ti es de la que saldrá Aquél que debe dirigir mi pueblo.»

¡La Judea! ¿Quién duda de que, bajo el punto de vista sobrenatural, y no obstante la estrechez de sus límites, tiene una importancia que jamás tendrán ni la Europa civilizada, ni el Africa inmensa, ni el vasto imperio de la China, ni toda el Asia, ni las numerosas islas de Oceanía?

Decaído el esplendor de Jerusalén, y siendo Betlem la más pobre de las aldeas, ocupan en los intereses generales de la familia humana y en la economía de la Redención un lugar tan preeminente, que nunca fué ni será alcanzado por las más soberbias capitales del mundo antiguo ni del moderno, bien se llamaran Roma ó Nínive, bien las llamemos París, Londres ó Viena.

Por igual manera la tierra, planeta muy secundario en el sistema solar ó en el conjunto de los mundos, es para los hijos de Adán como la Palestina donde Dios los estableció, mostrándose á ellos, colmándolos de favores divinos, besándolos con los purísimos labios del amor infinito.

IV

¿TIENEN RELIGIÓN LAS HUMANIDADES ASTRALES? ¿CUÁL ES?

¿Qué ha hecho por los otros mundos el Dios que tanto hace por nosotros?...

Lo ignoramos en absoluto.

Si en esos mundos existen habitantes, ¿habrán sido creados en el estado que la Teología llama de naturaleza pura, ó en el de naturaleza íntegra? O, en otros términos, ¿estarán sometidos á la fatiga, á las enfermedades, á la muerte, ó serán impasibles é inmortales?

¿Habrán sido educados cual nosotros en los principios del orden sobrenatural por virtud de la infusión de la gracia?

¿Perseveran en la inocencia original, ó cayeron en el pecado?

Si cayeron en pecado, ¿les habrá perdonado Dios? ¿Cómo les perdonó?

¿Se les ha revelado el misterio de la Encarnación, aplicándoles también los frutos del gran sacrificio de Cristo?

En los tesoros de la infinita sabiduría, ¿se valió Dios de medios de redención que desconocemos, ó (porque es preciso abarcar todas las hipótesis), sin darles esperanza de perdón, serán objeto de su justicia, igual que lo son los ángeles caídos?

Jamás la curiosidad del hombre podrá satisfacerse conociendo con sus propias fuerzas las respuestas de las anteriores preguntas. Jamás la Astronomía nos instruirá acerca de ello.

El Altísimo se reserva el secreto, y la Revelación calla en tales cuestiones.

Sólo cuando en los esplendores de la visión beatífica contemplemos á Dios frente á frente; sólo cuando la verdad se descubra ante nuestras almas, conoceremos el fondo de esos misterios.

Pero, ¿por qué atormentarnos con problemas insolubles, aquí, durante el transcurso de la peregrinación de la vida?

¡Pobres hombres! ¡Aún no sabemos si existen habitantes en otros mundos, y ya queremos saber el lugar que ocupan en el plan divino!

¡Aún ignoramos si Dios creó tales seres, ó si sólo existen en nuestra imaginación, y ya pretendemos adivinar su naturaleza!

Pero si por ignorar lo que ocurre allende el mundo cerrásemos los ojos ante las pruebas evidentes de la existencia de nuestra Religión santa, obraríamos con inconsciencia injustificable. Con inconsciencia que equivaldría (empleando una expresión vulgar) á cambiar la obscuridad por la sombra.

Permítasenos presentar un ejemplo:

Un médico hábil ofrece un remedio saludable y necesario á un enfermo que sufre en vísperas de la muerte.

El enfermo rehusa en absoluto tomar la medicina que puede sanarlo. La rehusa porque el pobre enfermo ignora si las islas de la Polinesia están pobladas, é ignora si los indígenas de tales regiones curan su enfermedad con la medicina que el médico le ofrece.

¿No llamaréis loco á semejante enfermo razonador?

Otro ejemplo:

Suponed un profesor que explicando un curso de Historia habla, con pruebas en la mano, de las memorables expediciones militares de Carlomagno ó de Aníbal, ó de Alejandro, ó de César.

En esto, un alumno, á quien no interroga el profesor, le interrumpe gritando con indignación que atur-

de á sus condiscípulos: «Todos esos son cuentos inventados á placer; descripciones de abuelos; fábulas infantiles».

—¿Cómo demostraría usted la falsedad de mi enseñanza? —le pregunta el maestro.

—¿Cómo?... ¡Ah! Es que probablemente hay habitantes en la Luna, en Marte, en Júpiter, en innumerables planetas que gravitan en torno de miriadas de soles. Y si hay habitantes, parece que usted lo ignora al no hablar de ellos. Y si existen... también por las mismas razones que usted alega, algunos de ellos habrán sido Aníbal, Alejandro ó Césares. Pero, como no está demostrado que existan, no podemos creer en ellos, y no estando probado que hayan sido en los astros más afortunados, tenemos derecho á dudar de su existencia en la Tierra; nos es lícito pensar que la Historia miente y que usted nos engaña...

Un discípulo así... ¡merecería ser apaleado!...

¿Acaso son más razonables los que niegan el dogma de la Encarnación del Verbo, á título de que es posible que otros planetas estén habitados, y porque no sabemos cuál es la naturaleza que Dios otorgó á esos seres hipotéticos.

CAPITULO V

El centro del mundo físico y el centro del mundo moral.

I

¿PUEDE LA ENCARNACIÓN DE DIOS SOBRE LA TIERRA, APROVECHAR Á LAS HUMANIDADES ASTRALES?

Posible es que los razonamientos precedentes traigan á la mente de algún lector el recuerdo de los antiguos errores.